

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / SEGUNDO SEMESTRE DE 1977

SUMARIO

La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo <i>Fernando H. Cardoso</i>	7
Para 'otro desarrollo': requisitos y proposiciones <i>Marshall Wolfe</i>	41
Política fiscal y desarrollo integrado <i>Federico J. Herschel</i>	69
Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales <i>José Medina Echavarría</i>	115
Comentario de John Durston	139
Comentario de Carlo Geneletti	142
Comentario de Eduardo Palma	145
Comentario de Gregorio Weinberg	147
Comentario de Marshall Wolfe	150
Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo 'constrictivo' <i>Carlos Real de Azúa</i>	153
El déficit de los servicios urbanos: ¿una limitación estructural? <i>Francisco Barreto y Roy T. Gilbert</i>	175
Sobre el artículo de Raúl Prebisch, "Crítica al capitalismo periférico"	
Comentario de Joseph Hodara	187
Comentario de Eugenio Kossarev	191
Comentario de Octavio Rodríguez	203
Comentario de Marshall Wolfe	217
Algunas publicaciones de la CEPAL	223

Con lo de 'pensamientos paralelos' se quiere tomar evidente el vacío que se ensancha en el enfrentamiento entre el monismo científico y la crítica social. Ambas formas de pensar no manifiestan empatía de especie alguna; mantienen sus discursos estrictamente paralelos. No existe una búsqueda de los procedimientos, los mecanismos, los instrumentos y las instituciones que de verdad compatibilicen en una común tecnología social, las exigencias políticas participatorias con los cánones de la teoría económica y social. He supuesto deliberadamente que la ciencia y la crítica a las que me refiero son producciones óptimas en sus respec-

tivos géneros del saber. Ya sé que no siempre es así; en ese caso, su mutuo desconocimiento permite todas las ofuscaciones de quienes carecen de un término de referencia.

En fin, si el trabajo fuera un nuevo testimonio que señale una tarea incumplida sería, por ese solo mérito, una contribución. Pero al fundamentar estos "Apuntes"; como los llama con modestia su autor, en una vigorosa reflexión histórica y prospectiva acerca del futuro y el porvenir de la democracia, invita a poner en marcha "los modos de evitar de manera consciente la ocurrencia de numerosos sufrimientos superables".

Comentario de Gregorio Weinberg

La capacidad de sugerir es una de las muchas virtudes del pensamiento, alerta y sensible, de José Medina Echavarría. Su reflexión enriquece los análisis y formulaciones, y apunta certeramente al meollo de los problemas; de aquí que su lectura sea siempre estimulante. En este sentido sus "Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales" nos enfrenta ante algunas de las cuestiones de mayor trascendencia del mundo contemporáneo, pues hacen al destino del hombre, sin descuidar por ello los caracteres específicos del proceso latinoamericano de este momento crítico de su historia.

Del apretado haz de cuestiones agudamente suscitadas retendremos un par de ellas. La primera, su oportuno señalamiento de que "las ideas liberales y democráticas son anteriores e independientes en la historia del pensamiento de las concepciones sobre el desarrollo eco-

nómico", es decir, que ellas no pueden ser validadas sólo por el éxito —ni por consiguiente tampoco rechazadas por el fracaso— de su capacidad para satisfacer los requerimientos de un mayor bienestar. Ahora bien, las dificultades con que suelen tropezar todos los intentos de conciliar 'democracia y desarrollo' no sólo se advierten en las regiones postergadas (como una apreciación harto ligera lo haría presuponer vista la creciente inestabilidad institucional de los países en vías de desarrollo, dadas sus frecuentes derivaciones o desemboques autoritarios), sino que, antes bien, como lo pone de resalto Medina Echavarría, constituyen una nota decisiva en la preocupación de los pensadores políticos de todos los lugares y tendencias, ya que subyacen en todo el espectro que va de las interpretaciones conservadoras a las de la llamada 'nueva izquierda'; más todavía, "la crítica se extiende asimismo a cualquier otro

sistema político que haya unido su suerte a la eficacia de tal desarrollo". En suma, ni por sus orígenes ni por su futuro, los conceptos de 'democracia' y de 'liberalismo' están necesariamente vinculados a los del capitalismo como sistema económico, y mucho menos aún al criterio de eficacia, cualquiera sea la constelación de valores escogida como punto de referencia.

Para corroborar las conclusiones del párrafo anterior bastaría alguna referencia histórica. Desde luego, dejamos de lado los fáciles argumentos de quienes pretenden impugnar el concepto de democracia ya desde sus orígenes; y para ello sólo recuerdan que el mismo estaba restringido a un número reducido de 'ciudadanos' y excluía a esclavos y extranjeros, cuando estos últimos constituían por momentos los grupos numéricamente mayoritarios; pero olvidan que está en proceso de elaboración y enriquecimiento desde la ciudad-Estado griega hasta nuestros días. De todos modos este razonamiento es harto endeble para criticar los elementos fecundos que conservan las ideas de Platón y Aristóteles, ya que planteado en aquellos términos se está escamoteando el verdadero problema, que no consiste en reivindicar una democracia restringida como sin duda fue aquélla, sino en crear las condiciones necesarias y suficientes para ampliar progresivamente el ámbito de la participación (además del aseguramiento de los derechos) hasta alcanzar una efectiva universalidad.

Pero veamos otro ejemplo más cercano a nosotros. Así Spinoza, para citar uno de los mayores pensadores del mundo moderno, y tal vez entre los más olvidados, en su *Tratado Político*, cuando analiza los diversos regímenes políticos conocidos, considera la democracia como el mejor de ellos, pues su gobierno está fundado sobre la razón, ya que en ella,

en la democracia, la persona soberana es un individuo humano. Ahora bien, siempre según Spinoza, en la *república* (esto es, la comunidad política), la *autoridad* (para él sinónimo de poder legítimo) se asienta sobre el *jus naturale* (el derecho de la naturaleza, vale decir, el derecho de preservar su propio ser, sus derechos no sólo como realidad sino también como potencia), que no desconoce por cierto el *jus judiciale* (el derecho de la sociedad), pero éste para asegurar la idea de *tolerancia*. A la elaboración teórica de este último concepto contribuiría de manera tan decisiva poco después John Locke, precisamente uno de los mayores artífices del liberalismo, y en cuyo sistema el derecho de propiedad tendrá ya un lugar privilegiado. Mas Spinoza, en momento alguno de sus reflexiones, elaboradas —obvio es decirlo— durante el siglo del absolutismo y de la consolidación de los Estados nacionales, recurre a argumentos económicos para apuntalar sus conclusiones, y menos aún para justificarlas. Encontramos, pues, en este racionalista del siglo XVII un precursor ya preocupado, como dice Medina Echavarría con relación a la centuria siguiente, por "secularizar de modo duradero las imágenes del poder formuladas por la Ilustración". La legitimación de los fundamentos de la sociedad democrática se hace, por tanto, siguiendo vías que difieren sensiblemente de las seguidas por quienes para lograrlo hoy apelan a la 'razón instrumental'.

No es el caso rastrear ahora los antecedentes del milenarismo concepto de 'democracia' ni los del más moderno de 'liberalismo'; tampoco subrayar las notas que los distinguen ni demorarlos pretendiendo desentrañar las intenciones de quienes suelen confundirlos. Interesa, sí, a nuestro juicio, destacar la historicidad de los mismos, ya que este criterio facilita desvincularlos, por un lado, de determi-

nados regímenes; y, por otro, permite referirlos —sobre todo al primero—, a una muy antigua tradición de búsqueda incesante de los medios idóneos para satisfacer las aspiraciones humanas que, por supuesto, trascienden las del “puro contenido material”. Tampoco se cierran de este modo las puertas a las potencialidades del pensamiento utópico que, aunque no arriesga una interpretación de la realidad (tarea por lo demás imposible para él puesto que en rigor no es analítico), sí puede constituir una propuesta para la acción. Y esto toda vez que, como lo exigía Ernst Bloch, la utopía cumpla la doble exigencia de ser satisfactoria como teoría y eficaz como praxis.

La segunda cuestión, que rozaremos muy escuetamente, aspira retomar lo que Medina Echavarría denomina la “estrechez de los límites nacionales” y las cuestiones políticas que conlleva, desde la constitución de unidades regionales hasta la exploración de las posibilidades del “establecimiento de autoridades internacionales”; sus consideraciones al respecto sugieren las innúmeras dificultades que suscita con relación a los problemas de la democracia y su futuro —núcleo de su preocupación en este trabajo— como así las pruebas a que ésta se ve y se verá sometida. Por nuestra parte nos atreveríamos afirmar que la hondura de la crisis contemporánea podría apreciarse quizás también desde otro ángulo, no totalmente desvinculado por cierto del que indica Medina Echavarría, pero sí planteado en otros términos y abordado desde un plano diferente.

Están conmovidas las categorías de espacio y de tiempo del hombre de nuestros días —para no mentar otras categorías— cuyas dimensiones y características generan gran parte de su desasosiego, y esto sin mencionar un concepto tan maltratado, y por momentos equívoco,

como el de ‘angustia’. Ilustremos nuestras aserciones recordando tres momentos significativos del proceso histórico:

a) El paso de la ciudad-Estado griega al imperio helenístico, que generó una verdadera civilización, singularizada por intensas luces y sus rotundas sombras, donde coexistían un fuerte individualismo y un no menos intenso cosmopolitismo, que da origen a un hombre *desarraigado* que asiste, perplejo, al acelerado proceso de superación de la cultura de las ciudades por otra con pretensiones de universalidad (aunque todo su ‘mundo’ era modestamente un dieciseisavo del planeta).

b) El segundo momento sería el del Renacimiento, cuando en el breve lapso de unas pocas décadas los descubrimientos geográficos agigantan la tierra y las teorías copernicanas le quitan a ésta el lugar privilegiado que le ofrecía el sistema ptolemaico que integraba muy íntimamente la *Weltanschauung* de occidente. (De los testimonios conocidos parece inferirse que tanto el asombro como las dificultades del hombre del siglo XVI para entender la existencia de los antípodas aparentemente fueron muy superiores a las de nuestro hombre del siglo XX, quien coexiste ‘naturalmente’ con los vehículos espaciales tripulados; como para los primeros —insertos en una sociedad fuertemente jerarquizada— debió ser más fácil admitir, con espíritu fatalista e inmovilista, la existencia de la miseria, de las hambrunas o de las plagas, quizás para ellos de algún modo tolerables por inevitables, que para nosotros —hijos de una sociedad más rica, de enérgica movilidad y fluidez— cuando historiadores tan conservadores y etnocéntricos como A. Toynbee pueden decir que dada “nuestra situación económica la injusticia social se está haciendo evitable y por lo tanto intolerable”.)

c) El tercer momento sería el nuestro, cuando también con pocos años de diferencia el hombre, nuestro contemporáneo, incursiona en el universo (los hazañosos vuelos espaciales lo confirman) y en los laboratorios se explora ese microcosmos que es el átomo y logra liberar energía destruyéndolo. Esa tensión del hombre frente al macro y al microcosmos, unida a muchas otras, como la aceleración del tiempo histórico, la ruptura de la mayoría de sus marcos de referencia y, por consiguiente, la puesta en duda de gran parte de los valores admitidos, configuran

elementos adicionales que cualquier crítica radical de la cultura de nuestra época no puede desatender; por el contrario, debe sumarlas a las preocupaciones sobre el futuro de la democracia —tales las enunciadas por Medina Echavarría—, como forma de entender que si el mundo contemporáneo tiene nuevas dimensiones y nuevos contenidos, requiere también nuevas herramientas y actitudes para su análisis y comprensión. Todo lo cual constituye un impar desafío a su inteligencia y a su imaginación.

Comentario de Marshall Wolfe

Como se ha hecho habitual esperar de todo ensayo de este autor, el texto está tan bien articulado y trata tan sensatamente los temas que aborda, que deja pocos resquicios para el comentario. Al releerlo, se encuentran discretamente sugeridas y dejadas de lado las que primero se pensó señalar como omisiones. El artículo expone los principales factores que gravitan sobre un futuro incierto, así como las razones para esperar que la democracia pluralista será capaz de mantenerse frente a la 'democracia autoritaria' y la 'democracia popular' (puesto que parece asegurado el futuro de la palabra 'democracia' como símbolo de legitimación para todo tipo de regímenes). Este estudio hará que cada lector emprenda su propia exploración mental, que lo llevará posiblemente a otros ensayos, y no a la vía de los comentarios.

Para despejar en algo el futuro de la democracia pluralista, el autor utiliza un pronóstico tomado en préstamo a ciertos economistas. Según dicho pronóstico, los

países centrales pueden esperar más de veinte años prósperos de crecimiento económico durante los cuales reformar sus estilos de desarrollo y prepararse para un futuro a largo plazo, cuando dicho crecimiento ya no será factible, y el 'desarrollo' deberá concentrarse en la calidad en vez de hacerlo en la cantidad. ¿Son probables, o aun deseables, estos veinte años de prosperidad? En cuanto a la *probabilidad*, puede suponerse que quienes abogan por un 'nuevo orden económico internacional' se encuentran predispuestos a pensar que los países centrales podrán atender las demandas que se les hacen, sin sufrir por ello un desgaste indebido. Sin embargo, y en vista de la multiplicidad de problemas que enfrentan actualmente los países centrales, parece haber pocas posibilidades de que ese sea el futuro. En cuanto a que sea *deseable*, otros veinte años de prosperidad ininterrumpida significarían casi inevitablemente una recaída en la complacencia; afianzarían cada vez más los esti-